

de Dios, tan infinita y tan sobre toda criatura, y sumamente más hermoso, más sin límite y más sin comparación que todas ellas, se dignó por tu amor de hacerse uno con la criatura y bajar de tan infinita altura á tan infinita bajeza. Y siendo Él sin cuerpo, y sin tasa, y sobre toda carne y sangre, sobre todo el elemento y corrupción, se quiso encerrar en un cuerpo de dos varas, sujetarse á ser compuesto de carne y sangre, y de elementos corruptibles; y no sólo eso, sino que en el vientre de su Madre se encerró en un pequeño cuerpecito, en lo cual hizo una altísima fineza; porque no fué como los demás hombres, que en el vientre de su madre son como unos brutillos, sin discurso, sin caudal, sin saber, entender, ni imaginar (y que aun después de nacidos en algunos años no son para ello); á los cuales poca ó ninguna pena les puede dar la falta de ver, oír, hablar, discurrir, y lo demás; no fué así, sino que desde el instante que encarnó fué de cabal talento y discurso. Pues pondera ahora lo que hizo Dios por ti, que aquel Sér sin límite ni tasa, y al fin divino y mayor que mil mundos, ese le encerró y tasó en el sér cortísimo y limitado de un hombre: y aún más hizo, que ese hombre, con todo su juicio y razón, le encerró y apretó más en el vientre de su Madre; y no se contentó con esto, sino que aun después se dejó atar y apretar más delante de Pilatos y de los inicuos jueces, poniéndose en las manos de los sayones para que le atasen y afligiesen á su gusto; y toda su vida fué un perpetuo andar apretado, afligido y atormentado, sin que tuviese un sólo día que no fuese padecer. Padeció en el vientre de su Madre, padeció en naciendo, padeció viviendo, padeció muriendo, dejándose para padecer en todo en manos de sus enemigos. ¡Oh amor singular! ¡oh vergüenza mía, ó, por mejor decir, poca vergüenza mía! ¿cómo tengo cara para considerar esto, y no

se me cae de vergüenza? Que rehuse yo, gusano bajísimo, entregarme ¡oh Criador mío! en tus manos de Padre y amigo de mi alma, y que no rehuses tú, Dios altísimo, entregarte en las de tus enemigos! ¡Que te sujetes tú á los hierros de los sayones, y no me sujete yo á los aciertos tuyos! ¡Tú sujeto á que hagan en ti desatinos, y yo no sujeto á que se haga tu voluntad en mí! ¿Pues qué mal me puede venir viniendo todo por tu mano? ¡Que te sujetes tú, Soberano Señor, al querer de Pilatos, y yo no al tuyo! ¡Que en treinta y tres años todo! sea pensar cómo me remediaras, salvaras y padecieras por mí, y que todo mi pensar sea cómo no padeceré, cómo descansaré, cómo haré mi gusto, y cómo pecaré! ¿Qué es esto, Señor? ¿qué locura es la mía? ¿hasta cuándo durarán mis desatinos? ¡Oh, con cuánta razón se dice Dios altísimo Monte, por la grandeza de su naturaleza, y profundísimo Valle, por el exceso de su misericordia, por la cual se quiso humillar tanto para levantarnos mucho! Bien se puede echar de ver cuán caídos estábamos, por lo infinito que se bajó el Altísimo para darnos la mano.

V

Esta es una grande deuda que debemos á nuestro Criador. Esta es una infinita gracia desta estupenda obra y beneficio de la Redención que la hiciese el mismo Dios por sí mismo, y no sólo por sí mismo, sino humillándose tanto como se humilló. ¿Qué agradecimiento, qué amor debemos á tan extraña fineza y caridad? ¿Qué pasmo nos debe causar vernos redimidos inmediatamente por un Dios Omnipotente y humillado por nosotros? Asombró á los antiguos la fineza de aquel esclavo de quien escribe Valerio Máximo¹ que, sabiendo querían matar á su amo,

¹ Lib., 6, cap. 8.

se puso los vestidos dél para que le matasen por su señor, como se hizo. ¡Oh gran fineza de Dios, que siendo un Señor omnipotente, se vistió de nuestra mortalidad para morir porque no muriesen sus esclavos! No hizo esta fineza un esclavo por su señor á quien debiese mucho, sino un Señor que no debe nada á nadie y todos deben á Él cuanto tienen y son. Pues este tan gran Señor del Cielo y tierra, no sólo por un esclavo suyo, sino del demonio, y traidor, y enemigo suyo, quiso, humillándose á tomar su forma, morir porque no muriese el hombre infame, y fementido, y sujeto á Satanás. ¿Qué mayor extremo de bondad? ¿qué mayor fineza? ¿qué amor más estupendo? ¿qué mayor asombro de caridad? Esto podremos echar de ver por el espanto que causó á los dos Santos Tobías verse librados por un ángel de sus males, cuando supieron que no era hombre, sino espíritu celestial, el que les hizo tanto bien. Consideremos, pues, la razón que tuvieron de espantarse, para que por ahí rastreemos cuál debe ser nuestro pasmo y agradecimiento para con un Dios que por sí nos redimió. Estando ciego Tobías y con necesidad que su hijo hiciese una jornada para cobrar una deuda antigua, no sabiendo el modo, se les ofreció un mozo bien dispuesto para acompañar al hijo de Tobías y cuidar dél. Hízolo tan bien, que en el camino le libró de la muerte, sacándole de un manifiesto peligro de la vida. Después le casó muy ricamente y á gusto suyo. Fué también él por su persona á cobrar la deuda, y trajo á Tobías, ya casado á su hijo, y muy rico, y con entera salud, y después de todo sanó de su ceguera al buen viejo, con que llenó al padre y al hijo y á toda su casa de alegría y contento. Ellos quedaron tan agradecidos, que no sabían qué hacerse con un hombre que les hizo tantos bienes. El darle la mitad de su hacienda lo tenían por muy poco. Pero cuando supieron que no era hom-

bre, sino Ángel del Señor, que se dignó de hacer por ellos tantas finezas, quedaron atónitos y sin pulsos, no sabiendo qué decirse ni qué hacerse, porque les parecía un caso increíble que un espíritu tan grande se dignase de tomar por ellos forma aparente de hombre, é hiciese oficio de criado, y llenase de tantos bienes. Esto juzgaban, como era así verdad, por un exceso de grande caridad y dignación, que vencía todo agradecimiento; y así quedaron postrados por tierra, atónitos de tal extremo de benevolencia. Miremos ahora nosotros cuánto excede á todo lo dicho la obra de nuestra Redención, así por la persona que la hizo, como por los males de que nos libró. No fué Ángel el que vino á redimirnos, sino el mismo Señor de los Ángeles, Dios Omnipotente y Criador de todo, el cual no tomó apariencia solamente de hombre, como San Rafael, sino la misma substancia y naturaleza humana, haciéndose verdadero hombre como nosotros; y no sólo nos libró de una ceguera de cuerpo, sino de la condenación eterna de alma y cuerpo; y lo que más es que mil penas del infierno, librónos de la culpa y de la infinita miseria del pecado, y nos llenó de riquezas, no como quiera, sino de los tesoros del Cielo y de su gracia, haciéndonos herederos de su propio reino. Por hacernos todos estos beneficios Dios, y no mereciéndonos, sino lo contrario, y que con rayos acabase con todo el género humano, porque le fué traidor y fementido, ¿qué le deberemos? Y que esto lo hiciese por sí mismo inmediatamente, ¿cómo no nos pasma y tiene atónitos? ¿cómo no nos deshacemos en amor y agradecimiento? ¿Pues qué, si consideramos que esto, no sólo lo hiciese por sí mismo, sino costándole tanto, humillándose, derramando su sangre y muriendo por nosotros? No sé cómo cabe pensar tan estúpida fineza y estar vivos. No sé cómo es posible acordarnos dello y no partírsenos el corazón ó deshacerse en

ternura y amor. No sé cómo no se nos sale del pecho por írsenos tras un Benefactor tan fino. Querer Dios ser azotado, llagado y descarnado porque el hombre no fuese atormentado; querer morir crucificado porque el hombre no muriese, un extremo de amor es, y una tan estupenda fineza, que no se puede imaginar mayor. ¡Oh gran Dios, gran Amador de las almas! ¡qué bien mostrasteis lo mucho que nos amáis con lo mucho que padecisteis por nosotros! ¿Qué es ese pecho atravesado, esos pies clavados, esas manos horadadas con crueles clavos, sino otras tantas bocas que están jurando que me amáis? ¿Qué es ese rostro acardenalado y escupido, sino un testimonio cierto de lo mucho que me queréis? ¿Qué son esas espaldas llagadas, sino un indicio claro que me tenéis gran amor? ¿Qué son esas sienes y cabeza lastimadas con tan agudas espinas, sino un argumento evidente de que me queréis bien, pues por mi causa padecisteis tan grandes males? Creo, Señor, creo que me tenéis amor; no sea tan á costa vuestra el satisfacerme de vuestra infinita caridad.

Todo esto que hemos dicho de las finezas de Dios en querer padecer por nosotros, no es menos porque Dios en cuanto Dios no padeciese, sino en cuanto hombre; ni merece menos agradecimiento porque la Divinidad no sintiese algún tormento, sino sola la humanidad, porque fué una estupenda fineza de Dios, que ya que no pudo ni puede padecer ni sentir dolor en cuanto Dios, con todo eso hiciese todo lo que pudo de su parte (á nuestro modo de entender) para mostrar el deseo que tenía de padecer uniéndose tan íntimamente á la humanidad; como quien dice: Ya yo me pongo á ser capaz de penas, ya que no puedo padecer por ser Dios: pero en el modo que me es posible padeceré; y se dirá que Dios padece y que por mí no queda, pues me uno con quien lleva los golpes de los azotes y de toda la

Pasión, con que hago mío este padecer, deleitándome con este gusto, pues me falta el que me dieran los dolores de la Pasión; porque si hallara Dios ser posible algún modo de poder padecer en cuanto Dios, infaliblemente se dejara atormentar y penar, aún mucho más de lo que pasó en cuanto hombre (pues fuera más capaz para sufrir en cuanto Dios, si una vez pudiera penar), pero en el modo que es posible. Dios fué azotado, abofeteado y atormentado. ¡Oh amorosísimo Dios, oh amantísimo Señor! concédeme esta gracia, que te corresponda con amor, pues de tantas maneras me provocas y obligas á amarte. Téngate un amor leal y finísimo, pues de tantos modos has sido conmigo tan fino y amoroso. ¡Cuán inmensa fineza fué querer encarnar por mí! ¡Oh cuán infinito extremo de amor fué, después de haber encarnado, querer morir por mí, sin ser necesario para redimirme! Pero ¿cómo llamaré lo tercero que á esto añadiré, que ni sé si lo llame fineza, ó extremo, ó embriaguez de amor, cuando después de todo esto te quisiste quedar en pan para mi sustento espiritual, y sacrificio continuo, que representase tantas veces al día tu Pasión y Muerte? ¿Qué fué esto sino querer continuamente estar muriendo por mí, querer dar tantas vidas, querer padecer tantas muertes, cuantas veces son las que se celebra el tremendo Sacrificio de la Misa? Por una vida que diste por mí, te debo infinitas vidas; por infinitas vidas que quisiste dar por mí, ¿qué te deberé? ¡Oh Hermosura divina, y cuántas gracias tienen tus obras, y más en especial esta de tan gran misericordia y amor, que me lleva el alma y corazón, y quisiera tener millones de almas y corazones con que reconocerla y amarte!